

Clara Voghan

Soledad,
sexo y pedagogía

edición digital



Reading & relax, III

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

www.claravoghan.com.ar

Visite nuestro grupo en Yahoo

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Capítulo III

La pregunta

Victoria estaba intentando soltarse, sin mucho éxito. A pesar de su figura menuda, su amiga Soledad era increíblemente fuerte, y la tenía inmovilizada con su propio cuerpo.

—¡Déjame, cobarde! .. Tengo que ir y tocarle el timbre....

—¡Sobre mi cadáver! .. No vas a dejarme como una idiota con él....

—Para eso no necesitas mi ayuda....

La superioridad física de su amiga era evidente, así que Victoria intentó con la lógica.

—Mira, no es tan difícil... Cruzo el corredor, pongo mi dedo en el botón, aprieto y....

Como si las palabras fueran hechos, el timbre resonó en todo el departamento.

Las dos muchachas se soltaron de inmediato. El corazón de Soledad comenzó a latir con furia.

—¡Seguro que es él!— susurró su amiga.

—¡No! Es muy tarde... ¿Para qué podría venir a esta hora?

Victoria le devolvió una amplia sonrisa. — Para acostarse contigo..., ¡o para robarte una de tus faldas!— dijo con ironía.

El timbre volvió a sonar.

—Debe ser el gato de Dorita, mi vecina del segundo...— aclaró Soledad, no muy convencida.

—¿Los gatos tocan timbre?

—Éste seguro que no. Es un gato tonto. Se sube al árbol y no sabe como bajar. Tiene que venir su dueña a alcanzarlo por mi ventana. Otras veces soy yo la que me trepo.

Un nuevo timbrazo.

—Si es tu vecina, ¿por qué dudas en atenderla?

Con un gesto de orgullo ofendido, Soledad se puso de pie y se dirigió hacia la entrada. Al pasar por el espejo trató de acomodar su rizo enmarañado, pero el reflejo de su amiga que la miraba con una sonrisa sobradora, la hizo abandonar el intento.

Estaba frente a la puerta. Su corazón palpitaba con furia. Su mano temblaba... Giró el picaporte y...

— Me estaba preguntando si eres vir....

Leonardo, que había iniciado la frase con aire distendido y cómplice, se detuvo abruptamente al darse cuenta de que Soledad no estaba tan sola.

Las palabras se ahogaron en su boca. Su vecina lo miraba sobresaltada.

—... virgilada por la vecina del segundo. Creo que también me está vigilando a mi...— dijo finalmente, de un tirón

¿Virgilada?

—Me parece que vi un lindo gatito— murmuró Victoria, desde la cama, mientras observaba encantada a Leonardo.

—Yo... No...— farfulló Soledad.

—Yo... Pensé que estabas sola, pero....

—Pero no vas a irte por mi culpa...— se apuró a terciar Victoria, mientras se abalanzaba sobre aquel hombre hermoso, para retenerlo. – Pasa, pasa... Todavía es temprano, y mañana no hay que ir a trabajar... Además, no me has convidado de tu vino.

Leonardo se quedó mirándola, confundido, y tardó un momento en darse cuenta de que hacía alusión a la botella que había llevado consigo.

—Claro... Es que pensé... Pero no quisiera interrumpir....

—¡En absoluto!— lo interrumpió Victoria, mientras cerraba la puerta, lo forzaba a sentarse en la cama, y acomodaba a su amiga justo junto a él. – Voy a buscar unas copas— dijo al fin, complacida.

Por un momento los vecinos quedaron solos, uno muy junto al otro. La tensión podía sentirse con claridad. El silencio ardía en el cuerpo de ambos.

—Aquí traje... ¡Dos copas!

—¿Cómo que dos? Somos tres— aclaró innecesariamente Soledad.

—He visto la hora en el reloj que tienes en la cocina... ¡Se me ha hecho tardísimo! Tengo que irme. Tendría que haberme ido hace como dos

Al escuchar a Victoria, Leonardo volvió a sonreír, aliviado. Pero la actitud de su vecina lo sobresaltó. La chica literalmente se abalanzó sobre su amiga.

—¿Por qué primero no me acompañas al tocador, antes de irte?— le dijo, mientras la arrastraba hacia allí.

—¿Estás loca? Esta es tu casa. ¿Tienes miedo de perderte?

—¡Esta Victoria! ..— dijo Soledad a su vecino. — Las mujeres siempre vamos al tocador de a dos— se excusó, mientras lo miraba con una sonrisa nerviosa en los labios. Y luego se dirigió a la muchacha, a la que empujaba con fuerza — ¿Lo has olvidado, amiga del alma? ¡Nosotras siempre vamos juntas al baño.

Cuando las chicas desaparecieron, Leonardo se relajó. La amiga iba a irse, eso era claro, y Soledad iba a ser toda suya. El vino, la noche, toda esa tensión... ¡Sexo asegurado! .. Buen sexo... Sexo con...

¡Con una virgen!!!!

* * *

En el tocador, las muchachas murmuraban a los gritos.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes dejarme sola con él!

—¡Ah! ¡Tienes miedo! .. Confiesa de una vez por todas que si no te has acostado con nadie es porque te mueres de terror de sólo pensar en hacerlo....

—¡Está bien! .. Me da miedo. Puedo saber todo sobre el sexo, pero una cosa es leerlo y otra es....

—¡Acostarte con ese bombón! .. ¿Qué más vas a esperar..., gallina?

Soledad se enojó consigo misma. Sí. Era una gallina. Le daba miedo, como a cualquiera. Ella, que se creía más segura e inteligente que las demás, era como una escolar a punto de entregarse... ¡Qué horrible! Era un estereotipo viviente.

—Sabés que..., — dijo al fin — tienes razón. Tengo que acostarme con él. Me gusta. Voy a hacerlo....

Como si fuera decidida a morir con dignidad, Soledad abandonó aquel tocador con la frente muy alta. Tras ella, Victoria comenzó a recoger sus cosas, dispuesta a irse.

—¿Qué haces?— le preguntó Leo, con inquietud.

—Me voy... Ustedes tienen mucho que charlar, y yo estoy muy cansada.

—¿Cómo que “cansada”? ¿Qué es eso? Somos muy jóvenes como para estar cansados... ¡Quédate con nosotros!— comenzó a suplicar el pobre muchacho.

Leonardo estaba desesperado. ¿Cómo se había metido en aquel lío? ¿En qué había estado pensando al decidir ir hasta allí? .. Se conocía. Ninguna mujer estaba segura a su lado... Y mucho menos Soledad. ¡Esa niña lo tenía de la cabeza!... Claro que podía irse junto con... con la amiga (como fuera que se

llamara)... Pero no quería hacerlo. No quería dejar a Soledad. Quería quedarse allí, justo donde estaba. En aquella cama inmensa, aunque más no fuera disfrutando de tenerla al lado, de oír su risa pícaro, de escuchar su voz acariciante...

—De verdad, tengo que irme— insistió Victoria.

—Bueno— aceptó sin mucha convicción Soledad.

—¡No! .. Por favor. Tomemos antes un poco de vino. Quédate aquí, junto a nosotros, por lo menos por un rato— exclamó con énfasis Leonardo.

Victoria y Soledad lo observaron con recelo, y luego se miraron entre sí.

“Le gusta Victoria”, pensó Soledad.

“Muere por mí... ¡Este año estoy matando!” se dijo a sí misma Victoria, mientras tomaba la copa que él le alcanzaba.

La actitud corporal de ambas muchachas cambió en un instante. Mientras una comenzaba a brillar, la otra se apagaba lentamente.

Durante media hora todo se convirtió en risas y flirteo entre Vicky y Leo. Ella era increíblemente hermosa: alta, voluptuosa, y de ojos grandes. Ningún hombre quedaba indiferente cuando ella se acercaba. Y Leonardo no fue la excepción. La muchacha desplegó todo su arsenal de conquista: las sonrisas cómplices, las caricias casuales, las miradas invitantes.... ¡Y funcionó! ..

La primera media hora.

Luego la charla se fue volviendo más íntima y personal. Y las miradas de Leonardo se fueron desplazando hacia Soledad,

que por algún motivo parecía triste. La amiga era hermosa y sensual, y decididamente no— virgen. Pero, en cambio, su vecina era sensible e inquietante. Sus palabras y su cuerpo producían en él un cierto desasosiego. Una extraña atracción. Cada frase de ella, incitaba un recuerdo de él. Y sus sentimientos afloraban como hacía mucho tiempo que no lo hacían. Le contó acerca de su casa, su familia, sus tres hermanos y sus cinco hermanas, a cuyo amor apenas había logrado sobrevivir. Le habló de su padre. Del orgullo que sentía por él. Y de la fuerte conexión que tenía, aún entonces, con su madre. Soledad, por su parte, le habló de su infancia solitaria, y de todos los sueños que no se había atrevido todavía a llevar a cabo.

Junto a ellos, Victoria, olvidada, se había puesto a dormir. La primera en recostarse sobre ella fue Soledad. Pero poco a poco la proximidad de la charla hizo que también Leonardo usara a la pobre muchacha como respaldo.

—Tu amiga no se despierta con facilidad.

—Créeme, Victoria sería capaz de dormir en medio de una pista de baile. ¡Te lo digo por experiencia!— respondió Soledad entre risas, y luego se puso de pie. — ¿Quieres que te traiga algo? Voy a buscar agua a la cocina....

—Así estoy bien— le contestó él, mientras se complacía en verla alejarse.

¡Y sí que estaba bien! Aprovechó la ausencia de la muchacha para estirarse. ¡Aquello era increíble! No recordaba haberse sentido nunca antes tan relajado. Podría haberse quedado junto a ella por...

—¿Tienes idea de la hora que es?!— exclamó Soledad, asomándose por la puerta de la cocina.

Instintivamente Leonardo observó su reloj. Las tres. Había estado allí casi dos horas y...

Soledad corrió la gruesa cortina que cubría la ventana, y la luz brillante del sol se coló, irreverente, iluminándolo todo.

—Son las tres de la tarde.

—¿Ya es la tarde? .. ¿Cómo puede ser? .. Apenas comenzábamos a...— empezó a decir Leonardo, pero se interrumpió abruptamente.

Los dos se miraron a los ojos, y enmudecieron.

—Bueno, creo que no nos ha quedado nada por preguntar...— dijo al fin Soledad, buscando romper aquella incómoda situación (¿incómoda?).

—Ya que lo mencionas...— comenzó a decir Leonardo.

¡No! No podía preguntarle. No tenía el valor.

—¿Sabes que tienes razón?— lo ayudó la muchacha, — ¡Yo tengo una pregunta! Pero es muy íntima, así que si prefieres no contestarla....

“No tan íntima como la mía”, pensó Leonardo, pero se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—¿Crees en Dios?

La pregunta lo desarmó. No era lo que esperaba, y decididamente no era muy íntima (¿o sí?)

—Claro..., supongo. No es algo en lo que piense demasiado.

—Deberías. ¿Acaso no se trata de ordenar tu vida en base a tus creencias?

—Y en cierta forma... Mi familia es católica, y para mí es algo que no se discute. No es que vaya a Misa, o algo así. Pero seguramente me voy a casar por Iglesia...

¿Qué estaba diciendo? ¿Él solito se ponía la cuerda? ¿Por qué había comenzado con lo del casamiento, que era la única charla que nunca se debía tener con una muchacha?

Miró a Soledad buscando ese brillo en los ojos que solían tener las mujeres cuando estaban frente a un soltero que se confesaba proclive al matrimonio, pero no lo vio.

—¿Tú crees en Dios?— retrucó, tratando de alejarse del ríspido tema.

—Antes no, pero ahora no se. De lo que estoy segura es de que nunca me casaría, ni por civil ni por Iglesia. El consultorio de mi madre está lleno de gente casada.

—Mis padres han permanecido juntos por más de cuarenta años y todavía se quieren. Yo sí creo en el matrimonio— dijo él.

“¿Yo sí creo en el matrimonio?!” ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo había dicho eso? .. Era como entrar a un partido de poker y confesar “Yo tengo poker de ases”. ¡Esa no era forma de jugar!... Allí estaba Soledad, una adorable criatura que, virgen o no, se declaraba a favor de un amor sin compromisos, y él le intentaba meter sus estúpidas ideas conservadoras en la cabeza. ¿Qué le estaba pasando?!

—¿Sabes que eres increíble? — continuó diciendo Leo, llevando la conversación sin más trámite a lo que en verdad le

interesaba. – Me has dicho que me ibas a hacer una pregunta íntima y me has hablado de religión... Yo creí que me ibas a preguntar algo más atrevido. Algo como..., no se, mi primera vez, o....

—¿Cómo fue tu primera vez?— lo interrumpió ella.

No había pensado en ser él el que respondiera tal pregunta, pero se avino a la curiosidad de su vecina.

—¿La oficial o la verdadera?

—¿Hubo dos?

—Todos los hombres tenemos dos. Y es que a los trece años, cuando te cambia la voz y tus hormonas se alborotan, generalmente no mides más de metro cincuenta, tienes la cara y el pecho lleno de acné, y unos horribles aparatos en los dientes. ¡Así no se puede conquistar a nadie! ..Pero como cada noche, antes de dormir, tú y tu mano sueñan con una mujer, cuando algún amigo te hace la maldita pregunta, te sientes con título suficiente para mentir. ¡Experiencia no te falta, y puedes imaginar hasta los más mínimos detalles! Y cuando todos tus amigos se creen que lo has hecho, comienzas a sentir más presión aún por hacerlo de verdad. No se si me entiendes: más presión, en una olla lista para explotar. Y entonces lo intentas de todas las formas posibles. Pero cada vez que te parece que lo vas a lograr, siempre hay un chico más grande que tú, más buen mozo, o con auto. Así que debes agachar la cabeza e irte a casa solo con tu mano, que nunca te desprecia.

—¿Tan difícil es?

—Las mujeres huelen la desesperación.

—Y entonces permaneciste virgen hasta....

Leo había ido allí exclusivamente para poder hacer esa pregunta, y ahora era él el que debía responderla.

—Hasta los dieciocho. Tuve que hacer de novio durante dos años para que ella finalmente diera el sí. ¡Y eso que la niña ya se había acostado con todo el colegio!

—¿Dos años? ¿Cuánto duró ese noviazgo en total?

—¡Dos años! Quería perder mi virginidad, no morir en el intento. La dejé a la tercera vez.

Soledad lo miró con desconfianza, y él enseguida lo percibió. ¡¿Qué estaba haciendo?! ¡¿Por qué demonios era tan franco con ella?!

—Ahora no parece tener problemas para ligar. Cada vez que he ido a tu casa....

—Las mujeres son difíciles hasta los veinticinco. Si para entonces no han conseguido un novio oficial, comienzan a desesperarse, y ya no eligen.

—Es bueno saberlo. Quiere decir que todavía tengo tiempo de ser selectiva...— acotó Soledad, con una ironía que no ocultaba su enojo.

—Pero tú no me has contado.

—¿Qué cosa?

—Tu primera vez.

¡Finalmente!

—Ah,... bueno,... — comenzó a responder la muchacha, no muy convencida— a los trece años yo... me enamoré de un compañero....

—Y te acostaste con él...— acotó Leo con entusiasmo, mientras su sexo comenzaba a prepararse.

—En realidad..., no.

Otra vez su sexo abajo. (o lo más abajo que podía estar cuando Soledad estaba cerca).

—Entonces esa no fue tu primera vez... Tu primera vez fue...— la incentivó Leo.

—Es curioso que lo preguntes, porque hay una historia divertida sobre eso. Resulta que....

La voz dormida de Victoria la interrumpió: — ¿Qué hora es?— preguntó casi en un susurro.

—¡Es tardísimo!— se apuró a decir Soledad, que ahora respiraba aliviada. — Tenemos que prepararnos porque prometimos estar en la exhibición a las cinco, y son como las tres.

—¿Las tres de la madrugada?— preguntó su amiga, confundida.

—¿Por qué no sigues durmiendo un poco más?— se apuró a sugerirle, en cambio, Leonardo. —Todavía falta una hora para que tengan que prepararse.

—¡Las tres de la tarde! ¡Y pasadas!— la increpó Soledad, mientras se apuraba a echar casi a empujones a su vecino. — Otro día si quieres seguimos hablando, pero hoy....

En cuestión de segundos Leonardo se encontró en el corredor, tan solo, como confundido.

—¡Maldición!— exclamó decepcionado. —¡Es virgen!

* * *

Luis... No, era un idiota.

Andrés... ¡Menos! Ese era demasiado vivo.

Julián... No, pobre niña, nadie en su sano juicio se acostaría con Julián. Era el sujeto más feo que había visto en su vida.

¿Ignacio? Ignacio era soltero, y a las mujeres parecía gustarle mucho. Además era rico, inteligente, simpático...

¡No! ¡Decididamente no podía ser Ignacio! Se trataba de que Soledad adquiriera alguna experiencia previa, y no de que se enamorara de otro.

Pensándolo bien, Julián no era tan feo. Y era un buen muchacho. Sano y...

Leonardo hizo a un lado con violencia la lista que estaba confeccionando.

¡No! No quería que fuera con Julián. ¡Ni con ninguno! El sólo hecho de imaginar a su vecina con otro hombre le erizaba la piel.

No, no tenía agallas suficiente como para buscarle un amante a la misma mujer a la que él deseaba con tanta intensidad. Tendría que hacerlo ella, por si misma.

—Oye, ¿por qué figuro en esta lista?— preguntó Andrés con enojo. — ¿No pensarás mandarme a la sucursal de Córdoba, verdad? Porque tengo toda la semana ocupada.

—¿A ti? ¡Ni muerto! Siempre que te envío a algún sitio me haces quedar mal.

—¿Y entonces? ¿Vas a hacer una fiesta? Si hay mujeres, cuenta conmigo. Tengo toda la semana libre.

—No, no es una fiesta. Es... es una lista estúpida. Arrójala al papelerero, por favor.

—¡Pero no lo invites a Julián! El pobre es un espanta—mujeres... Si quieres invito a....

—Olvidalo Andrés. No va a haber fiesta.

—¿Y entonces para qué era la lista? ¿Necesitas cojones, y estás buscando donante?

—Aunque parezca increíble es algo así.

Andrés lo miró sorprendido, y Leo se vió en la necesidad de explicarle.

—Tengo esta vecina fabulosa, justo frente a mi puerta. Buen culo, buenas tetas, y una carita... Le tiene horror a las cucarachas, y ya van dos veces que viene a buscarme en medio de la noche para....

—Claro, claro...para que te hagas cargo de “su cucaracha”, digamos. Y tu no has podido, digamos, “hacerte cargo”. Y entonces buscas a alguien que te ayude a cumplir con las exigencias de la niña, ¿no es cierto?

—¿No digas estupideces! Yo cubro las expectativas de cualquier mujer, y nunca nec....

—¿Y, entonces, cuál es tu problema?— lo interrumpió Andrés. — ¿Una invasión de cucarachas?

—El problema es que ella es....

—Casada.

—No.

—Aburrida.

—No.

—¡Insaciable!

—¡No!

—Entonces, a menos de que tu vecina sea en verdad un hombre, no veo ningún problema.

—Es virgen.

—¡Virgen! Mi especialidad, aunque... ¿No será virgen como Raquel, no? Porque ya conozco cuatro, además de mi, que la hemos desvirgado.

—No, esta es virgen de verdad.

—¿Se lo has preguntado?

—Directamente.

—¿Y te ha dicho que sí? ¡Te ha mentido!

—No, ha cambiado de tema, y no me ha respondido nada.

—Entonces es virgen... Mira, yo me considero tu amigo, y estoy dispuesto a cualquier sacrificio por ti. ¿Necesitas ayuda?

—¡No seas idiota! Me basto solo.

—Pero todavía no la has llevado a la cama. ¿Por qué?

—Porque....

¿Por qué? ¿Por qué sentía miedo de las cosas que le pasaban cuando estaba a solas con ella? ¿Por qué nunca antes se había sentido así con otra mujer?

—Porque no quiero ser el primero. Es demasiado compromiso. Resultaría luego muy difícil deshacerme de ella.

—Entonces me necesitas a mi. Soy dulce, suave, y tengo mucha experiencia con vírgenes. Y en cuanto a romper con una mujer... ¡soy un experto!

—¿Cómo haces?

—Las llevo a la cama, y no las llamo nunca más.

—Eres una basura.

—¿Por qué? Es un método infalible. Simple, sencillo, indoloro....

—¡Para ti!

—También para ellas. Las mujeres son muy inseguras. Basta que antes de irte hagas, al pasar, algún comentario sobre sus piernas gordas, o su pecho plano. Algo elegante, por supuesto. Y si después no las llamas, no se ofenden, porque entienden que la culpa ha sido exclusivamente suya y de sus defectos.

—¡De tipos como tú es que quiero proteger a Soledad!

—¿Proteger? ¿Qué es eso de “proteger”? .. Esa palabra no suena para nada a “liga”, sino más bien a novela de la tarde... ¿Acaso te has enamorado de la virgen?

—¡No digas estupideces!— respondió Leonardo, ofendido.
— Si me hubiera enamorado, no le estaría buscando amante—

¿O quizás sí?

* * *

—¡Sí!— dijo Soledad al vacío.

Victoria, desde el escritorio contiguo, la miró sorprendida.

—¿Qué te pasa?— le preguntó. — ¿Con quién hablas?

—Disculpa, estaba pensando en voz alta— respondió avergonzada.

—¿Y qué cosa merece ese “sí” tan efusivo?

—¿Te acuerdas del chiste?

—¿Qué chiste?

—El de la mujer que aceptaba con gusto acostarse con el mismo tipo a quién no era capaz de prestarle cincuenta pesos.

—Ah, ese....

—Pues yo le prestaría cincuenta pesos a Leonardo.

—¡Así se habla! .. ¿Entonces estás segura de que no es un asesino serial, o un loco fetichista?

—¡Segura!

—¡Felicitaciones! .. Y para llegar a esa conclusión sólo tuviste que charlar con él durante quince horas seguidas, y acostarte a su lado toda una noche... ¿Sabes?, se pueden decir muchas cosas de ti, pero seguramente nadie podrá insinuar que eres una chica “ligera”— le dijo con ironía. Y luego se levantó para abrazar a su amiga — ¡Ya era hora!— exclamó, complacida.

* * *

¡Ya era hora!

Andrés miró su reloj: las doce de la noche. Afortunadamente el guardia de seguridad lo había visto antes un par de veces, y lo había dejado pasar sin ninguna dificultad.

Miró dentro de su bolsa, y un par de ojos lo miraron. Puso la oreja pegada a la puerta... ¡Nada! Probablemente no estaba allí. Luego cruzó el corredor y volvió a pegar la oreja a la puerta. El televisor estaba encendido. ¡Ideal! .. Abrió la bolsa, sacó de ella una pequeña cajita transparente, se agachó, y abrió la tapa, liberando su contenido:

¡Era la cucaracha más horrible que había conseguido en el basurero! ¡Y bien grande!

Al principio el bicho, un poco aturdido por el encierro, comenzó a correr en dirección opuesta, hacia el departamento de Leonardo. Pero Andrés la fue guiando con sus manos hacia la puerta de Soledad.

¡Ya estaba! La fase uno se había completado con éxito. Ahora sólo restaba esperar.

Y esperó. Fueron cerca de diez minutos, hasta que se escuchó un grito desgarrador. Entonces la puerta se abrió y, como una visión, salió aquel pimpollo, casi desnudo. ¡Leonardo no había exagerado en nada!

—¿Qué ha pasado? ¿En qué puedo ayudarte?— preguntó solícito Andrés.

—Yo..., yo... ¡Hay una cucaracha inmensa en mi casa!

—¿Quieres que entre y la mate?

—No... Yo... Deja, gracias. Mejor le pido a mi vecino— respondió Soledad, mientras señalaba la puerta de enfrente.

—Leonardo no está— replicó Andrés.

La muchacha lo miró aturdida, y entonces él continuó:

—Lo he llamado a su teléfono móvil, y va a pasar la noche con....

Observó a Soledad para poder evaluar cómo le caía la noticia... ¡Perfecto!

—... con una amiga— concluyó. — Por cierto, soy Andrés, un compañero de su trabajo.

—Hola...— respondió ella, sin mucho convencimiento. — Entonces, ¿tu serías capaz de...?

—¡Por favor!— respondió Andrés, mientras se escurría al departamento, tal como antes lo había hecho la cucaracha. — Yo soy capaz de todo por una mujer hermosa.

* * *

A pesar de que afuera hacía una temperatura superior a los treinta grados, y una humedad pesada que se pegaba al cuerpo, Leonardo había dejado la comodidad de su aire acondicionado para salir al balcón, a contemplar la noche estrellada.

Hacía tres días que no veía a Soledad y, a pesar de eso, no podía sacársela de la cabeza. A pesar también de que Jennifer había llegado al país, y lo estaba buscando. A pesar de que Sara le había dejado, casi por descuido, su número personal sobre el escritorio... Hermosas mujeres las dos. Muy disponibles. Y decididamente, no— vírgenes.

Y él allí, aplastado por el calor, mirando las estrellas, y pensando en su vecina.

¡Tenía que sobreponerse! No podía perder el tiempo así, como si fuera un adolescente enamorado. El mundo estaba lleno de mujeres, y Soledad sólo era una más...

Entró a la sala y el fresco allí reinante lo hizo recapacitar. Tomó su teléfono móvil y apretó el discado rápido.

—¿Jennifer? .. Leo. ¿Are you ready for me?— dijo, invitante.

Aquel hombre fuerte sonrió complacido al escuchar la respuesta de su ex. La muchacha no lo había olvidado (¿Cómo hacerlo, si él era inolvidable?).

Se apuró a salir de su casa, con destino hacia el placer. Apretó el botón del elevador, mientras peinaba con los dedos su abundante cabellera negra.

Un ruido lo distrajo. Era algo así como un golpe fuerte, y luego una corrida. ¿De dónde...? ¡Soledad! ¡Ese bochinche provenía de la casa de Soledad!

Como desesperado comenzó a golpear la puerta de su vecina, olvidándose en su apuro que ya hacía años que se había inventado el timbre.

—¡Leonardo! Creí que no estabas...— dijo la muchacha al verlo.

—¿Qué...?— comenzó a preguntar.

Y entonces lo vió.

—¡Andrés!— gritó con furia.

—Había una cucaracha y...— comenzó a explicarse Soledad.

—No, no es una cucaracha. Es una rata inmunda— dijo Leonardo, mientras se abalanzaba sobre “su amigo”.

—Tu no estabas, y la chica me llamó, asustada— se excusó éste, mientras intentaba alcanzar la cucaracha, y de paso ponerse fuera del alcance de la furia de Leo.

—Nadie te necesita— contestó él, mientras, olvidando su fobia, intentaba también llegar al desagradable insecto.

Por un momento forcejearon, casi hasta los puños. Soledad los miraba atónita, sin comprender. Pero finalmente se impuso Leonardo, arrojando a su rival al piso, justo, justo sobre la maldita cucaracha.

—Allí tienes— le dijo eufórico a la muchacha. —¡Dos bicharracos de una misma pedrada!

—¿Se puede saber...?— comenzó a preguntar Soledad, que ya no entendía nada.

Pero Leonardo no la dejó terminar. ¡No podía hacerlo! ¿Cómo explicarle que la había dejado servida en bandeja para su oponente?

Se apuró entonces a levantar a Andrés y a empujarlo hacia la salida, rumbo a su propio departamento.

—Ven, ven conmigo.

—Yo... Yo sólo vine a verte, pero ya se me ha hecho tarde, y me tengo que ir— decía Andrés, mientras intentaba liberarse.

—No, tú no vas a ningún lado... ¿Querías encontrarme? ¡Pues me has encontrado!— respondió el otro con tono amenazante.

Soledad los observó irse, confundida.

Cuando la puerta del departamento de Leonardo se cerró, empezó la verdadera batalla. El pobre Andrés intentó explicarse, pero antes de que pudiera hacerlo el puño implacable de Leo se incrustó en su bella cara.

Luego todo se convirtió en esa extraña coreografía de golpes que dibujan los hombres para no tener que hablar de sentimientos.

Y esa parquedad le costó a Andrés un ojo morado y una muñeca rota.

¡Bien merecido!

* * *

—¿Se peleaban por ti?— preguntó Victoria, emocionada.

—No. Peleaban por matar a la cucaracha...— respondió Soledad. — Al menos eso creo...— añadió, confundida.

—¿Sabes qué? .. ¡Estoy aburrida de tus historias sin final! Me has cansado.

Y diciendo esto, Victoria se puso de pie, dándole la espalda a Soledad. Ella ni lo notó, ensimismada como estaba en sus propios pensamientos. Su amiga aprovechó entonces para buscar algo en el directorio. Luego tomó el teléfono, y se puso a discar con resolución. Soledad, a su lado, la miraba sin verla.

—¡Hola! Soy Victoria— dijo la muchacha al auricular. — ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en casa de tu vecina, unas noches atrás....

Soledad reaccionó: — ¡¿Qué haces?!— gritó, mientras se abalanzaba sobre ella.

Su amiga no se inmutó, y se limitó a señalarle el aparato telefónico, desafiante.

—A propósito, Leonardo...— comenzó a preguntar Victoria, con genuina curiosidad, — después de esa noche me dolía todo el cuerpo, ¿tienes idea de lo que pudo haberme pasado?

Una vez más Soledad amagó con quitarle el teléfono, pero Victoria la evadió.

—No, por supuesto que no te he llamado por eso. Mira, ya son las seis, y me ha dicho Soledad que te pregunte si vas a estar en tu casa, porque ella piensa ir por allí en una hora.

—¿¿Qué?!— exclamó la aludida, mientras se sentía desfallecer.

—¡Maravilloso! .. Sí, no te preocupes. Ya mismo le aviso. ¡Adiós!

Victoria colgó, satisfecha, y recién entonces se dirigió a su (¿ex?) amiga.

—Espero que lleves puestas tus mejores bragas— le dijo.

Y luego sonrió.

* * *

Leonardo estaba brutalmente excitado. De sólo pensar en Soledad... ¡Y ella iba a venir a su casa! ..

¿Para qué? ¿Para pedirle explicaciones? ¿Qué importaba! Iba a venir. Iban a estar solos.

Después de todo, ella sabía a qué se estaba exponiendo si iba a la casa de un soltero y...

¡Cómo la deseaba! Todavía podía sentir su cuerpo tembloroso, el día que se habían conocido. Todavía podía oler...

Sonó el timbre.

Su sexo estaba a punto de reventar, y ella ni siquiera había entrado. ¡Tenía que calmarse! Después de todo, la niña todavía era virgen y...

¡Al diablo! ¡Él no tenía la culpa!

Al abrir la puerta le pareció estar en la parte más alta de una montaña rusa. Pero como en una de esas, no tardó en descender con violencia. Allí no solamente estaba Soledad, sino también su amiga.

—Hola— dijo, desilusionado.

—Yo ya me iba— se apuró a decir la tercera en discordia, haciendo una desaparición inmediata y casi mágica.

Otra vez la montaña rusa. Pero esta vez no viajaba únicamente él en el carro.

Pasaron casi cinco minutos en que se quedaron allí, parados en la puerta, mudos, mirándose a los ojos. Pero ninguno de los dos lo notó.

Finalmente fue el ruido del elevador el que los hizo despertar.

—Pasa, por favor— dijo Leonardo. —¿Quieres tomar algo?

—No, gracias— respondió la muchacha, casi sin aliento.

—Yo sí... Yo quiero....

“Quiero hacerte el amor en este mismo instante”, pensó.

—...agua helada— dijo, por decir algo.

En sus pantalones, su sexo estallaba. ¿Acaso tenía de nuevo trece años? Sentía casi como si esa no fuera la “primera vez” de ella, sino la suya.

—Voy... voy a servirte...Está en la cocina... El agua, digo... ¿De verdad no quieres nada?

“Huir”, pensó la muchacha, pero no le contestó. Afortunadamente él ya se había ido.

Soledad estaba muy nerviosa y desilusionada. Así no había imaginado su “primera vez”... No algo tan calculado. Era como decirse: “para las siete y cuarto ya no seré virgen”.

Sin embargo, planeado o no, su cuerpo también reclamaba. Su sexo jugueteaba en sus entrañas, y sentía un deseo profundo de...

Su mirada se detuvo en una bolsa que había sido olvidada en el teléfono. Estaba atada con un hilo azul, pero, sin embargo, podía verse algo del contenido, y...

Sin pensarlo, la muchacha se puso de pie y la tomó entre sus manos.

—Ya está— dijo Leonardo, mientras llegaba de la cocina chorreando agua, como si hubiera tenido que hundir la cabeza en ella para beberla.

—Tengo que irme— dijo Soledad, asustada, mientras escondía tras su espalda el paquete del hilo azul.

—¿Cómo que tienes que irte? Pensé que habías venido a...

—A hablar sobre el edificio. Sería bueno poner un fumigador— dijo la muchacha asustada, mientras intentaba abrir la puerta.

El sexo de Leonardo se desarmó en un instante. Le bastó ver el miedo y el desasosiego en los ojos de ella, y toda esa excitación dio paso a un sentimiento desconocido, que comenzó a subir desde sus pantalones hasta lo profundo de su corazón.

Y sin dudar más le abrió la puerta y, todavía anhelante, la observó partir.

* * *

—¿Estás segura?— preguntó Victoria.

Soledad respondió algo ininteligible, en medio del llanto.

—¿De verdad estás segura?— insistió su amiga.

Por única respuesta la muchacha le alargó el paquete con el hilo azul.

Victoria lo miró sorprendida, y luego lo abrió.

—¿Esto?— preguntó, desencantada. — ¿Esto lo tenía él?

—Junto a su teléfono— dijo la muchacha, entre llantos.

—Bueno, el tipo está un poco loco, ¿y qué? Yo me he acostado con uno que dormía con zapatos... ¡No es tan grave!

Soledad la miró con desencanto. Sí, era tan grave.

—No te preocupes. Si no es él, será otro.

—No quiero a otro.

—Entonces deberás acostumbrarte a esconder tu ropa interior— dijo Victoria, mientras volvía a guardar en la bolsa el sostén rojo de su amiga.

* * *

No. Estaba visto que no iba a poder acostarse con Soledad. La niña no estaba preparada. Y él no podía hacerle el amor si

ella le ponía esos ojitos de miedo... Pero tampoco podía quitarla de su cabeza. Se había convertido en una obsesión. Y aunque pareciera ridículo... ¡la extrañaba! Necesitaba tenerla, aunque fuera un poco. Poseerla, aunque eso significara simplemente compartir charlas..., y esa sonrisa que lo conmovía.

Sin sexo. ¿Por qué no? Él podía lograrlo.

Sin esperar encontrarla, tocó el timbre una vez más, como lo había hecho por dos noches consecutivas.

Pero, a diferencia de las otras, esta vez la puerta se abrió.

¿Qué pensó? ..

No, no pensó. Sólo fue cuestión de verla. Su sonrisa fresca, su boca hermosa... Y cuando quiso acordarse la estaba besando, penetrándola con su lengua, conociendo su intimidad en un diálogo mudo e interminable.

Y apenas atinó a cerrar la puerta tras de él.

Y entonces los cuerpos de los dos comenzaron a desatarse. Sin razones, sin palabras. A recorrerse, a reconocerse, como dos mitades separadas, pero que encajaban a la perfección.

Ella tampoco supo que pensar, ni como hacerlo. Sólo podía sentir esa ridícula necesidad entre las piernas. Y esa extraña humedad en su sexo, que volvía inquietante cada movimiento de él. Toda ella temblaba, como siempre que había estado a su lado, pero esta vez era a causa de un deseo intenso que la conmovía hasta lo más profundo.

Cuando él comenzó a desvestirla, sin darse cuenta, ni por cálculo, sino por pura necesidad, ella no se opuso. Era tan

propio, tan oportuno. Era como si sus pechos no hubieran esperado otra cosa que las caricias de aquellas manos fuertes, que sabían tocarlos tan bien.

Luego de contarse su amor, sin hablar, durante un tiempo sin tiempo, ambos sintieron una agitación intensa, un vértigo imparable... Y luego el éxtasis. Verdadero éxtasis. Uno que subía del sexo y llegaba hasta el alma.

Y el sentir el placer profundo en la piel del otro los volvió a excitar. Y todo comenzó otra vez.

Sin palabras, sin pensar.

* * *

—¡Soledad! .. ¡¿Estás allí?!

La voz de su madre, del otro lado de la puerta, los paralizó.

Tal había sido su pasión, que nunca habían llegado a la cama. El amor los había sorprendido allí, desnudos, junto a la entrada.

—Soledad, siento tu respiración, así que se que estás allí. ¡Abre, por favor!

—Tienes que vestirme— le susurró él, todavía conmocionado por la pasión.

—Tienes que irte... No puede verte— suplicó ella.

—¿Por dónde?

—¡La ventana! Da al balcón del segundo. Esperas allí, y luego vuelves a subir por la....

—¡Vas a abrir ya mismo, o llamo al guardia de seguridad para que tire abajo esta puerta!— gritó Lidia. Y ella era muy capaz de cumplir con la amenaza.

Casi desnudo, como estaba, y con el atado de su ropa en la mano, Leonardo se descolgó con toda facilidad por la ventana, hacia el balcón del segundo. Cuando llegó allí, observó la calle. ¡Había olvidado que ese departamento, a diferencia del suyo, daba al frente del edificio!

Como era de esperar, de acuerdo con la fortuna que tenía últimamente, dos personas lo miraban con atención... ¡Mejor! Así se comenzaban a correr rumores sobre la antipática del segundo.

Con descaro se apoyó en la baranda y saludó a sus casuales espectadores. Y luego se quedó allí, esperando a que el tiempo transcurriera, y esa estúpida sonrisa de felicidad se le borrara del rostro.

¿Iba a suceder eso alguna vez, en lo que le restaba de vida?

Nunca antes se había sentido así. Era como cuando había pasado de la solitaria compañía de su mano, a la de una mujer real. En su inocencia de adolescente había pensado que era casi lo mismo, pero una cosa no tenía nada que ver con la otra. De la misma forma, tener sexo no se parecía ni remotamente a hacer el amor con Soledad.

¡Increíble! Todavía seguía excitado. Era como si ese deseo que sentía por ella no se fuera a saciar jamás.

Y estaba así, medio desnudo, atento a las necesidades de sus sexo, cuando su odiada vecina lo sorprendió.

—¡Es usted! ¡Degenerado! ¡Viene a violarme!— dijo la casta mujer, mientras se cubría aún más (si eso era posible) con su bata.

Lo curioso, pensó Leonardo en medio de su apuro, era que aquella dama que creía que había llegado hasta allí para abusar de ella, no gritaba en lo absoluto, ni pedía ayuda con suficiente empeño. Más bien parecía ¿resignada? a su suerte.

—No, señora... Se lo que parece, pero no vengo a violarla.

La mujer lo miró con odio.

—Entonces, peor. Vienes a robarme.

—No, señora.

Tenía que pensar rápido...

—Es usted la que me ha robado— dijo Leonardo al fin. Como gerente de marketing de una compañía de artículos de limpieza, estaba acostumbrado a embaucar a las mujeres. — Usted me ha robado el corazón. Pero se que es una dama, y no voy a insistir. Sólo vine para verla mientras dormía. Con eso me conformo.

—Bueno, jovencito, me...— comenzó a decir la dama, ruborizada. ¡Pero no era tan estúpida! — ¡Momento! Tu vienes del piso de Soledad, pobre niña. Te has aprovechado de ella... ¡Por eso tenías su sostén rojo! .. Ya mismo voy a contarle a la madre....

—¡No! Espere, yo..., yo....

Pensar rápido...

—Yo soy “gay”. ¡Si, gay! .. Soledad es mi amiga, y cuando ella no está, entro a su casa y me pruebo su ropa. Por eso tiré su sostén a la basura. Lo había manchado y no quería que ella se diera cuenta... ¿Por qué otra cosa iba a tirarlo, si no?

La dama lo miró de pies a cabeza, no muy convencida. El muchacho era decididamente raro. Y aparte, a pesar de que la situación invitaba al pecado, no parecía tener el más mínimo interés en aprovecharse también de ella... Sí. Evidentemente el pobre muchacho era maricón, por no decir un mariconazo de aquellos...

—Por esta vez voy a creerte....,

Leonardo la besó en la mejilla, exultante.

—...pero no te confies...— concluyó la mujer, algo ruborizada. — Mañana le voy a preguntar a Soledad si la has estado molestando.

—¡No le cuente lo del sostén, por favor!— suplicó Leo, con auténtico pavor.

—No, claro que no... Y ahora vete. No abuses de tu buena suerte... ¡Y la próxima vez que te vea aquí, vestido o desnudo, voy a llamar a la policía— le advirtió, como saludo final, mientras lo veía partir.

¡Lástima que era maricón! ¡Y tan buen culo que tenía el muchacho!

* * *

—Victoria me lo ha contado todo— dijo Lidia, con tono grave.

—¿Qué te ha contado?— preguntó Soledad, en el mismo momento en que se daba cuenta de que tenía la falda puesta al revés.

—De tu vecino, el fetichista. Dice que has llorado.

Soledad la observó con pánico, y su mundo comenzó a derrumbarse. Lo había olvidado. El sostén, el perfume. Sus temores. Todo se había desvanecido al compás de los besos de Leonardo. De esas caricias, tan íntimas como deseadas. De...

Volvió a excitarse. Cerró los ojos recordando el peso de él sobre su cuerpo, la fuerza de sus piernas, la potencia de sus manos, recorriéndola, arrancándole suspiros que nunca antes se había escuchado, gritos de los que no se creía capaz.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

La voz de Lidia la trajo de nuevo a este mundo.

—No, mamá. Me siento perfecta... En realidad me siento increíble— dijo, casi riendo.

—En cuanto a tu vecino... Ya mismo me cruzo a hablar con él. No es que yo tenga nada en contra de que alguien realice sus fantasías, pero si las pretende actuar....

—No, mamá, no pretende actuar nada. Déjalo en paz. El pobre muchacho es inofensivo....

—¿Cómo lo sabes? Yo tengo años de experiencia y podría....

Soledad tenía que pensar rápido.

—Es “gay”— dijo, al fin.

—¿Gay? ¿Estás segura?

—Sí. Es gay, y se ha encandilado con mi perfume y mi sostén. Ya lo hemos aclarado, y nos hemos hecho amigos....

—¿Amigos?

—Muy amigos... ¡Íntimos!

—¿Estás segura de que es homosexual? .. Mira que muchos heterosexuales gustan de vestirse de....

—Le gustan los hombres, mamá.

—Pero podría ser “bi”. Y los bisexuales son los mejores amantes.... ¡No hay nada de malo en eso! .. Yo misma, alguna vez....

—¡No sigas!— la interrumpió Soledad, que ya estaba harta de las historias escabrosas de su madre. — Es totalmente gay. ¡Incluso conozco al novio! Estuvo aquí. Se llama Andrés, y trabajan juntos.

—Pero, ¿estás segura? .. Si quieres, yo podría....

—No, mamá. No lo molestes.

—¿Y se han hecho amigos?

—Íntimos. Así que vas a verlo por aquí con mucha frecuencia.

—Mezclándote sólo con hombres como tu vecino, no vas a poder despedirte nunca de tu estúpida virginidad— la reconvino su madre.

“No creas, mamá. No creas”, pensó Soledad. Pero se limitó a sonreír.

* * *

Las dos de la madrugada y su madre continuaba hablando. Si no se deshacía pronto de ella, Leonardo la iba a matar. Se imaginaba al pobre chico lidiando con el gatito regalón de Dorita, su vecina del segundo. Ese animal era todo un personaje, y consideraba el balcón como su feudo.

A las dos y diez Soledad decidió que era hora de espantar definitivamente a Lidia.

—Madre, he decidido bautizarme.

—¡Qué! .. ¿Estás loca? .. ¿Qué sigue después? Primero te empeñas en ser virgen, luego te bautizas... ¿También vas a pedir que te exorcicen?

—Yo entiendo que a ti no te gusta. Pero siempre me dijiste que tenía libertad para elegir lo que quisiera en la vida... Bueno, yo quiero bautizarme... ¿No te asusta, no? ..

—¿Asustarme?, claro que no. Pero....

—¿No tendrás prejuicios, verdad?

—¡Nunca!

—Entonces, vamos a orar juntas— dijo Soledad, mientras se ponía de rodillas y le tendía la mano a su madre. — Puedes hacerlo desde tu ateísmo. Dios comprenderá....

A las dos, trece minutos, y un cuarto, la liberal dama la había dejado sola.

La muchacha aprovechó entonces para descolgarse por su ventana hacia el balcón de su vecina.

—¡Ya te he advertido que...!— comenzó a gritarle la señora Dorita, blandiendo un palo de hockey (¡su palo de hockey!), pero al verla se detuvo. – Pensé que eras el muchacho que vive enfrente tuyo.

—¿Y ese palo?

—Lo encontré en el balcón unos días atrás... Creo que lo tiró accidentalmente tu vecino, mientras revolvía tus cosas... ¿Sabes?, ese muchacho es marica, y cuando tú no estás se anda poniendo tu ropa íntima.

—¿Quién le dijo eso?

—¡Él! .. Me lo encontré hace un rato aquí, casi desnudo... , y con “aquello” que parecía un mástil... ¡Sabía que había algo raro cuando lo vi subido a la copa del árbol!

—¿A la copa del árbol?

—Sí, el día que enterró tu sostén rojo en la basura... Ah, pero yo lo rescaté, lo puse en un paquete y se lo llevé. Quería que se diera cuenta de que lo tengo vigilado.

—¿Usted tenía el sostén rojo?— repitió Soledad, con una estúpida sonrisa de alegría en los labios.

¡No! ¡No era fetichista, ni nada raro! ¡Lo sabía! Era dulce y la había tratado con mucho cuidado desde el principio. Atento a sus necesidades, la había protegido, la...

¡¿La había protegido?!

No, no la había protegido.

¡¡No había usado condón!!!!

—¿Te pasa algo, hija mía? Has empalidecido, ¿te sientes bien?

No, ahora no se sentía nada bien.